

FAMILIA, CULTURA Y EVANGELIZACIÓN

El tercer Sínodo ordinario de los obispos, que tuvo como tema “La evangelización del mundo contemporáneo”, trajo una verdadera revolución. Se realizó del 27 de septiembre al 26 de octubre de 1974 y, además de la “Declaración de los Padres Sinodales” dio como fruto maduro la Exhortación Apostólica de Pablo VI «*Evangelii nuntiandi*». En ella, el Papa Paulo VI entrega una nueva perspectiva para orientar la misión evangelizadora de la Iglesia. El eco de su llamado a evangelizar la cultura sigue resonando en una Iglesia que aspira a renovarse íntimamente en la perspectiva del tercer milenio. Ese llamado se concretó más tarde, en 1988, a través de la convocación universal que hiciera Juan Pablo II a una «Nueva Evangelización» que, con el potente impulso del Gran Jubileo, debería conducirla a una «nueva primavera cristiana» (TMA).

Prácticamente inaugura su pontificado exteriorizando «la certeza de que la evangelización en el futuro depende en gran parte de la Iglesia doméstica». En Santo Domingo denomina a la familia «frontera de la Nueva Evangelización». Con esto está señalando que ella es la raíz más honda de la cultura que debe ser evangelizada.

1º Análisis de la cultura

1. El término cultura en su uso popular.

Para muchas personas, el término cultura evoca simplemente el ambiente intelectual y artístico de que se rodean las personas finas y elegantes. Para otras, evoca el acerbo intelectual que poseen las personas que han acumulado conocimientos; muchas veces sin considerar el valor y la utilidad que tienen. En el Renacimiento se consideraba la cultura como el fruto de una educación basada en las artes y en las letras. Después del siglo XVII se tiende a concebir como cultura la elevación de la conciencia al orden de la racionalidad en la fuerza de la instrucción. Se la entendía en una perspectiva científica con un mayor o menor rechazo de lo religioso.

2. Punto de vista etimológico

El término cultura proviene del verbo latino “*colere*”. En su raíz más primitiva, aludía a la labor que realiza el campesino que hace fructificar la tierra «cultivándola».

Desde esta perspectiva el término «cultura», sin ningún prefijo o limitante, designa simplemente el «*cultivo de las múltiples potencialidades de los hombres*», en todo su vasto espectro. Considera al ser humano como perfectible y llamado a desplegar sus potencialidades en toda su riqueza y amplitud antropológica. Esto sería lo más amplio y universal que se puede decir de ella. Visto así, se debe considerar un error reservar el término para significar sólo su acepción “elitista”, esto es, la forma de desarrollo de la «gente culta».

3. Punto de vista subjetivo

Cuando se considera la cultura desde la perspectiva del sujeto humano que está en proceso de cultivar sus riquezas (espirituales y corporales, personales y sociales), se puede afirmar que cada persona genera su propia cultura al tratar de alcanzar «*un nivel verdadera y plenamente humano*» Cuando miramos el cultivo de lo humano en un pueblo, el término se

refiere a aquel «*estilo de vida común*», que abarca la «*totalidad de la vida de un pueblo*» Ese «*estilo de vida*» está determinado por la forma concreta en que sus habitantes «*cultivan su relación con la naturaleza (especialmente mediante el trabajo), con el prójimo y con Dios*» (Cfr. DP 387) Esto significa que, si la cultura está definida por el estilo de vida que se gesta a través de las vinculaciones, la calidad de ellas determina la calidad de la cultura de un pueblo.

4. Punto de vista objetivo

Desde una perspectiva objetiva, la cultura se debe analizar a partir de los «*contenidos*» que tiene el «*estilo de vida común*». Estos contenidos se pueden englobar en dos grandes «*conjuntos*»: ético y formal

La perspectiva ética o moral se refiere a los «*valores que los animan y desvalores que los debilitan*» Esto proviene del hecho de que toda cultura tiene valores y desvalores que enriquecen o empobrecen la calidad de las relaciones humanas. Desde el momento en que estos factores valóricos son participados en común por sus miembros, los ata en base a una misma «*conciencia colectiva*» Paulo VI distingue una «*conciencia personal*» de una «*colectiva*», que, en el lenguaje de Puebla, constituye el lazo más profundo que une a los participantes de la misma cultura. (DP n. 387)

La perspectiva formal se refiere a las múltiples «*formas a través de las cuales aquellos valores y desvalores se expresan y configuran, es decir, las costumbres, la lengua, las instituciones y estructuras de convivencia social, cuando no son reprimidas o impedidas por la intervención de otras culturas dominantes.*» (DP 387 y Cfr. EN 18)

5. El uso del término cultura en documentos de Iglesia.

En el Concilio Vaticano II se elaboró una descripción que ha servido como referencia a profundizaciones posteriores. *"Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano".* G.S. 53,2 Más adelante agrega que "es el estilo de vida común" (G.S. 53c) que caracteriza a los diversos pueblos. El contenido de ese estilo de vida lo expresa el documento de Puebla diciendo: *"Con la palabra "cultura" se indica el modo particular como en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí y con Dios (G.S. 53 a) de modo que puedan llegar a "un nivel verdadero y plenamente humano" (G.S. 53 a) 2 (Doc. P. p. 386).*

Si quisiéramos sintetizar lo que nos enseña la Iglesia en relación a la cultura podríamos decir que es el cultivo de todo aquello que conduce al hombre a *"un nivel verdadero y plenamente humano"* en la medida en que se transforma en un *"estilo de vida común"*.

. *"La cultura así entendida, abarca la totalidad de la vida de un pueblo: el conjunto de valores que lo animan y de desvalores que los debilitan y que al ser participados en común por sus miembros, los reúnen sobre la base de una misma "conciencia colectiva" (E.N. 18).*

6. Cultura y religión

La vinculación a Dios determina las demás vinculaciones y, por lo mismo, determina la esencia de la cultura. *"Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos"* La razón de fondo de esta afirmación está en que ahí encuentra la respuesta a los grandes interrogantes de la humanidad, aquellos que constituyen la base de la sabiduría: ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos? ¿quiénes somos? ¿cuál es nuestra misión? ¿cuál es el sentido de la vida? *"Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuestas a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan.... De ahí que la religión o la irreligión sean inspiradoras de todos los restantes ordenes de la cultura - familiar, económico, político, artístico, etc. - en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido inmanente". Doc. P.*

La evangelización es así un fenómeno necesariamente cultural, ya que procura penetrar todas las realidades del hombre. *"La evangelización, que tiene en cuenta a todo el hombre, busca alcanzarlo en su totalidad, a partir de su dimensión religiosa"*. La evangelización le da un punto de referencia y coherencia al proceso cultural, ya que arraiga en un solo punto original, lo religioso-moral. Desde esta perspectiva la cultura aparece en íntima relación con Dios, como respuesta a la vocación a perfeccionarse, perfeccionando el mundo. *"La cultura es una actividad creadora del hombre, con la que responde a la vocación de Dios que le pide perfeccionar toda la creación (Gen.) y en ella sus propias capacidades y cualidades espirituales y corporales (cfr. G.S. 53b; 57b)" Doc. P. p. 391*

La fe y la cultura no se identifican, sin embargo, tampoco se puede admitir un divorcio entre evangelio y cultura *"Una fe que no se convierte en cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no vivida en total fidelidad"*.¹ Esta realidad le pone exigencias a la Iglesia en su proyecto de evangelización. *"Por eso la Iglesia se pone ante la cultura en atenta y respetuosa actitud de acogida y de diálogo, pero no puede renunciar a esa evangelización de la cultura que consiste en anunciar la buena noticia del evangelio, de los valores profundos del hombre, de su dignidad, de la constante elevación que exige su condición de Hijo de Dios". (Ibidem. n.4,2)* La evangelización anhela penetrar profundamente todo lo humano. *"no de una manera puramente decorativa, como un barniz superficial, sino de manera vital, en profundidad, y hasta sus mismas raíces" E.N. 20*

Paulo VI nos describe hacia donde se orientan las metas del proceso de evangelización de la cultura. Dice que pretende *"alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad..." E.N. 19*

7. Cultura y mentalidad

Cuando nos esforzamos por encontrar pautas que orienten nuestro quehacer en la evangelización de la cultura a través de la familia, llegamos necesariamente a un punto neurálgico: la relación que existe entre la cultura del pueblo y la mentalidad dominante en él. Esto nos lleva a tratar de clarificar el contenido del concepto «mentalidad».

¹ Juan Pablo II en Ecuador. Quito 30.01.85 n.3,1

Se entiende por mentalidad aquella visión y postura práctica con que nos acercamos habitualmente a la realidad. Esta manera de aproximarse a ella se manifiesta en una forma original de pensar, de amar y de reaccionar ante ella. Las formas de amar y de reaccionar, como expresión de las posturas prácticas más globales frente a Dios, al prójimo y la naturaleza, son coherentes con la valoración que les atribuye la correspondiente visión que cada uno tiene de ellas.

La mentalidad le da a las personas algo así como un «*lente*» interior a través del cual mira la realidad y un «*filtro*» que condiciona la manera de interactuar con ella. Para clarificar este fenómeno se ha utilizado el término «*ethos*» (algo distinto que ética). El «*ethos*», tal como la mentalidad, supone una «*visión valorativa*» y una «*postura práctica*», sólo que en este caso es preciso definir de qué realidad se trata. Por eso se habla de un «*ethos del trabajo*», un «*ethos familiar*», etc.

La cultura de un pueblo está determinada por la mentalidad reinante en él, ya que, al definir la manera de aproximarse a la realidad, define también el estilo de vida que éste adquiere. Sus relaciones con Dios, con el prójimo y con la naturaleza serán directamente influidas por la visión valorativa que tenga y encauzará la postura práctica de sus opciones.

Paulo VI, al referirse a este tema, define la mentalidad reinante como «*secularismo*», denunciándolo como la causa de fondo de «*la ruptura entre Evangelio y cultura*». Agrega que esa es la causa del «*drama de nuestro tiempo*» El lo describe como una «*concepción del mundo*»² a pesar de que, por el hecho de no estar respaldada por una doctrina articulada, corresponde más bien al concepto de mentalidad. Juan Pablo II también habla de los problemas de «*mentalidad*» (VS n. 88), especialmente de una «*mentalidad individualista*» (CA n. 49), acentuando con eso una de las separaciones típicas de la mentalidad mecanicista. Cuando quiere globalizar, habla más bien de «*cultura escindida*»

Al proponer su programa de evangelización de la cultura, entrega una valiosa descripción de los elementos que configuran la mentalidad cultural a la que se debe aspirar influir. Dice que se trata de «*alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación.*» (EN n. 19)

8. El proceso cultural.

La cultura se va desarrollando a través de la historia.

"La cultura se va formando y se transforma basándose en la continua experiencia histórica y vital de los pueblos; se transmite a través del proceso de tradición generacional. el hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmitiendo. la cultura es una realidad histórica y social". (GS 53c)" Doc. P n. 392

² (Cfr. EN n. 20 y 18; Veritatis Splendor n. 26 y Doc. Puebla n. 387)

Valores y desvalores en las distintas etapas

"Siempre sometida a nuevos desarrollos, al recíproco encuentro e interpretación, las culturas pasan, en su proceso histórico, por períodos en que se ven desafiadas por nuevos valores o desvalores, por la necesidad de realización de nuevas síntesis vitales". Doc. P n. 393

Desafíos especiales en tiempos de cambio

"La Iglesia se siente llamada a estar presente con el Evangelio, particularmente en los períodos en que decaen y mueren viejas formas según las cuales el hombre ha organizado sus valores y su convivencia, para dar lugar a nuevas síntesis". (cfr. GS 5c) Doc. P n. 393
"Se puede hablar con razón de una nueva época de la historia humana" GS 54 En este período crítico, no partimos de cero, sino que lo hacemos asumiendo nuestra tradición cultural. *"La tarea de la evangelización de la cultura en nuestro continente debe ser enfocada sobre el telón de fondo de una arraigada tradición cultural, desafiada por el proceso de cambio cultural pos moderno y que actualmente llega a su punto de crisis". Doc. P n. 399*

Este sería un período apto para una nueva evangelización.

Lejos de detener el ímpetu evangelizador, el cambio radical que estamos experimentando debe impulsarnos a intensificar nuestra acción. *"Es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas. Este es el actual desafío global que enfrenta la iglesia... por eso, la iglesia latinoamericana busca dar un nuevo impulso a la evangelización de nuestro continente". Doc. P n. 393*

9. Aplicaciones práctica a nuestra vida y misión.

La Iglesia plantea como meta ser fermento en la masa, de tal manera que estemos siempre renovando, purificando y perfeccionando la cultura a partir del Evangelio. *"La constante renovación y transformación evangélica de nuestra cultura".(Doc. P n. 395)* El documento de Puebla describe este desafío en términos prácticos: es necesario crear las estructuras en que sea posible expresar los nuevos valores. *"La penetración evangélica de los valores y criterios que inspiran la cultura y la conversión de los hombres que viven según esos valores y el cambio que, para ser más plenamente humanas, requieren las estructuras en que aquellos viven y se expresan".*

"Hay que atender hacia donde se dirige el movimiento general de la cultura más que a sus enclaves detenidos en el pasado; a expresiones actualmente vigentes más que a las meramente folklóricas". Doc. P n. 398

Dice que hay que tener como punto de partida los "gérmenes del verbo" presentes en las culturas (GS 57d, f) Con esta orientación recuerda a San Irineo que enseñaba que *"lo que no es asumido no es redimido"* Doc. P n. 400. Recuerda que *"las culturas no son terreno vacío, carente de auténticos valores"* y que *"la evangelización de la Iglesia no es un proceso de destrucción, sino de consolidación y fortalecimiento de dichos valores..."* Doc. P n. 401

"Realizando el esfuerzo de un trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en la que se inserta". (E.N. 53,62,63; GS 58^a,b; DP 420-423)

Recuerda, por último, que ese esfuerzo de adaptación tiene un límite y que es preciso saber denunciar aquello que es contrario al evangelio. *"La Iglesia, al proclamar la buena nueva, denuncia y corrige la presencia del pecado en las culturas; purifica y exorciza los desvalores. Establece por consiguiente, una crítica de las culturas... crítica de las idolatrías..."* Doc. P n. 405 Invita a abandonar falsas concepciones de Dios y a rechazar "conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre. Cfr. DT 424". Doc. P

2° La evangelización de la cultura

Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi* no solamente reafirma la vocación evangelizadora de la Iglesia y la encauza dándole una nueva perspectiva sino que, además, le entrega los puntos de referencia necesarios para renovarse en su estilo. Al respecto dice que *"las condiciones de la sociedad nos obligan, por tanto, a revisar métodos, a buscar por todos los medios el modo de llevar al hombre moderno el mensaje cristiano, en el cual únicamente podrá hallar la respuesta a sus interrogantes y la fuerza para su empeño de solidaridad humana"*. Paulo VI, plantea dos criterios básicos para impulsar la nueva evangelización. Por una parte, dice que ha de tener una clara dimensión humanista a través de una acuciosa adaptación al "hombre moderno", pero, a su vez, insiste en que el proceso supone *"la fidelidad a un mensaje del que somos servidores y a las personas que hemos de transmitirlo intacto y vivo, es el eje central de la evangelización"*³. Estas nuevas perspectivas plantean interrogantes en torno a la eficacia que tiene en nuestros días la energía escondida de la buena nueva, capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre. El Papa se hace dos preguntas: ¿Hasta dónde y cómo la fuerza del Evangelio puede transformar verdaderamente al hombre de hoy? y ¿con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que despliegue toda su eficacia?

Para avanzar en esta reflexión, quisiéramos recordar algunos elementos básicos del concepto de evangelización que ha elaborado la Iglesia a partir del Concilio Vaticano II. ¿Qué cosas no dice?

1. Jesucristo, primer evangelizador, es modelo.

El comienzo y el sentido de la evangelización es el Señor. Él declara que su misión es anunciar la buena nueva. Les decía a sus discípulos *"también tengo que anunciar la buena noticia del reino de Dios a las demás ciudades porque para esto he sido enviado"*(Lc.4,43). Ya al comienzo mismo de su vida pública proclamó solemnemente *"el espíritu del Señor está sobre mí porque me ungió para evangelizar a los pobres, a predicar la libertad a los cautivos y a brindar la recuperación de la vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del señor"* (cfr. Is.61,1). Lc.4,18

2. ¿Qué significado tiene la palabra evangelizar para Jesús?

Es importante destacar los elementos básicos de la evangelización tal como la anuncia Jesucristo. Vamos a presentar sólo una síntesis de ella, partiendo por el hecho básico que la evangelización **es el anuncio del Reino de Dios**. Ya el Señor había dicho *"busquen el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se les dará por añadidura"*. Mt.6,33. Con esas palabras afirmaba que es tan importante el Reino que, con relación a él, todo se convierte en "lo

³ Evangelii Nuntiandi n. 4

demás", que es dado por añadidura. Solamente el Reino es, pues, absoluto y todo el resto relativo.

La evangelización es, además, el anuncio de la salvación liberadora. El anuncio de la salvación es la médula central del mensaje. Por eso el Papa aclara que *"como núcleo y centro de la buena nueva, Jesús anuncia la salvación, ese gran don de Dios que es la liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él"* E.N. 9. Comienza durante la venida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección, pero debe ser continuado pacientemente a través de la historia hasta la plena realización el día de la venida final del mismo Cristo

Sin embargo, esa buena noticia no esconde el hecho de que la salvación se recibe a costa de grandes sacrificios. El Papa dice que, si bien en cierto que *"este Reino y esta salvación pueden ser recibidos por todo hombre, como gracias y misericordia"* (E.N. 10), cada uno debe conquistarlo con la fuerza, con la fatiga y el sufrimiento, con una vida conforme al Evangelio, con la renuncia y la cruz, con el espíritu de las bienaventuranzas. *"Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora el reino de los cielos se abre paso a viva fuerza, y los que pugnan por entrar lo arrebatan"*. (Mt.11,12) Pero, lo más importante en el anuncio no es el sacrificio, sino el hecho de que para conseguir el Reino es necesario un *"cambio interior, que el Evangelio designa por el nombre de "metanoia", una conversión radical, una transformación profunda de la mente y del corazón"* (E.N. 10). En la boca del Señor aparece como un proceso de arrepentimiento y conversión. *"Desde entonces empezó Jesús a predicar: arrepentíos, porque se acerca el reino de Dios"* (Mt. 4,1). Jesús predica infatigablemente y *"sus palabras desvelan el secreto de Dios, su designio y su promesa, y por eso cambian el corazón del hombre y su destino"* E.N. 11

A pesar de que la Buena Nueva exige grandes sacrificios, va acompañada de innumerables signos evangélicos. Estos signos provocan estupor en las muchedumbres: enfermos sanados, agua convertida en vino, pan multiplicado, muertos que vuelven a la vida y sobre todo, su propia resurrección. Jesús le atribuye especial importancia a que *"los pequeños, los pobres, son evangelizados, se convierten en discípulos suyos, se reúnen "en su nombre" en la gran comunidad de los que creen en él"* E.N. 12

Es importante, por último, contemplar la culminación y los frutos de la evangelización que hizo el Señor. Su misión llega a su plenitud con el envío del Espíritu santo como fruto y don de su pascua. Con su presencia vivificante nace la Iglesia como comunidad evangelizada y evangelizadora que prolonga al Señor a lo largo de la historia. *"Quienes acogen con sinceridad la buena nueva, mediante tal acogida y la participación en la fe, se reúnen, pues, en nombre de Jesús, para buscar juntos el Reino, construirlo y vivirlo. Ellos constituyen una comunidad que es a la vez evangelizadora"*. E.N. 13

3. La Iglesia, reconoce la evangelización como su vocación propia.

Después de fijar su mirada en el Señor y reconocer su misión, la Iglesia, que se reconoce su seguidora, descubre también su propia misión. *"Nosotros queremos confirmar una vez más que la tarea de evangelización de todos los hombre constituye la misión*

esencial de la Iglesia".⁴ Aplica esto al momento actual diciendo que *"los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgente"* el cumplimiento de esa misión (cf. E.N. 14). *"Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para: predicar, enseñar y ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la santa misa, memorial de su muerte y resurrección gloriosa"* E.N. 14.

4. Perspectivas actuales de la evangelización.

Al situarse en el tiempo actual en el contexto de su misión esencial, la Iglesia descubre una exigencia concreta: Debe evangelizar la cultura. Descubre que no le basta con la renovación de la humanidad y de sectores de ella. Es preciso que evangelice también la cultura. Con eso define la línea de la nueva evangelización de caras al nuevo milenio. Reflexiona diciendo que *"evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad: "he aquí que hago nuevas todas las cosas" E.N. 17* La evangelización tiene como finalidad la renovación de la humanidad, pero está consciente de que *"no hay humanidad nueva si no hay en primer lugar hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el evangelio". (E.N. 18)* *"La finalidad de la evangelización es, por consiguiente, este cambio interior..."* Por lo tanto, *" la Iglesia evangeliza cuando por la sola fuerza divina del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos"* E.N. 18

Hasta ahora había sido evidente que la evangelización debía abarcar la renovación de sectores cada vez más amplios de la humanidad. Los signos de los tiempos ponen una exigencia mucho más radical. *"No se trata solamente de predicar el evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas..." (E.N. 19)* *"sino de alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuerzas inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación"*.

Este programa amplio lo resume la Iglesia diciendo que: *"lo que importa es evangelizar... la cultura y las culturas del hombre en el sentido rico y amplio que tienen sus términos en la (G.S.n.53), tomando siempre como punto de partida la persona y teniendo siempre presentes las relaciones de las personas entre sí y con Dios". (E.N. 20)* Al plantear ese horizonte vasto, la Iglesia considera que el drama de nuestro tiempo es *"la ruptura entre evangelio y cultura"*. Con eso le da un centro al proceso de la nueva evangelización. Es preciso descubrir los resortes últimos que permiten anudar evangelio y cultura. Es aquí donde aparece la familia como el espacio primordial de la evangelización.

5. El contenido esencial de la evangelización

Al modo de un amplio bosquejo, el documento entrega los contenidos básicos de la evangelización. Primero la presenta como un testimonio al amor del Padre. Dice que es preciso *"dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo. Testimoniar que ha amado al mundo en su Hijo: que en su Verbo*

⁴ Declaración de los padres sinodales, 26.10.74 L'Osser.Rom.

Encarnado ha dado a todas las cosas el ser, y ha llamado a los hombres a la vida eterna." (E.N. 26) En ese contexto aparece claro el centro del mensaje evangelizador que es la salvación en Jesucristo. Por esa razón afirma con toda claridad que la evangelización supone "una clara proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres como don de la gracia y de la misericordia de Dios". Para superar tentaciones propias de la época moderna, deja en claro que "no hay salvación puramente inmanente, a medida que las necesidades materiales o incluso espirituales que se agotan en el cuadro de la existencia temporal y se identifican totalmente con los deseos, las esperanzas, los asuntos y las luchas temporales, sino una salvación que desborda todos los límites... salvación trascendente, escatológica, que comienza en esta vida, pero que tiene su cumplimiento en la eternidad". (E.N. 27)

Después de clarificar los contenidos esenciales de la evangelización, hace un recuento de aspectos que, sin ser la esencia, son importantes. Recuerda que se evangeliza bajo el signo de la esperanza al mostrar que pertenece a él *"el anuncio profético de un más allá, vocación profunda y definitiva, del hombre, en continuidad y discontinuidad a la vez con la situación presente: más allá del tiempo y de la historia..." (E.N. 28)* Además, comprende *"la predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la nueva alianza en Jesucristo"*, el amor de Dios a nosotros y el nuestro hacia él, el amor fraterno, el ministerio del mal y la búsqueda activa del bien, la búsqueda de Dios por la oración y la comunión con la Iglesia que es signo visible y la participación en los otros signos que son los sacramentos.

Recuerda que el mensaje evangélico afecta toda la vida. No es un simple adorno espiritual, sino que define el destino de cada uno. Dice que *"la evangelización no sería completa si no tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta personal y social". (E.N. 29)* Con esto quiere superar las tendencias relativistas.

Es un mensaje en íntima conexión con la promoción humana. Tiene algo muy importante que decir a los pueblos que están empeñados con todas sus energías *"en el esfuerzo y la lucha por superar todo aquello que los condena a quedar al margen de la vida: hambres, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticias..." (E.N. 30)*. El documento se empeña en mostrar que existen lazos muy fuertes entre evangelización y promoción humana (desarrollo y liberación). Son *"vínculos de orden antropológico, porque el hombre que hay que evangelizar no es un ser abstracto, sino un ser sujeto a los problemas sociales y económicos. Lazos de orden teológico, ya que no se puede dissociar el plan de la Redención, que llega a situaciones muy concretas de injusticia... Vínculos de orden evangélico como el de la caridad.. ¿cómo proclamar el mandamiento nuevo sin promover, mediante la justicia y la paz, el verdadero y auténtico crecimiento del hombre?" (E.N. 31)*

Por último, plantea ciertas exigencias básicas: Es preciso anunciar el Evangelio sin reducciones ni ambigüedades y abrirse a la conversión. La Iglesia está consciente de la *"tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal" (E.N. 32)*. Es el peligro de quedarse en algo puramente antropocéntrico: el puro bienestar material y reducir sus iniciativas al orden puramente político o social. Reafirma, por eso, la finalidad específicamente religiosa de la evangelización. Nos recuerda que la liberación evangélica está centrada en el reino de Dios (E.N. 33 y 34) y que se orienta por una visión evangélica

del hombre: *"La Iglesia asocia pero no identifica nunca la liberación humana y la salvación en Jesucristo, porque sabe por revelación, por la experiencia histórica y por reflexión de fe, que no toda noción de liberación es necesariamente compatible con una visión evangélica del hombre, de las cosas y de los acontecimientos; que no es suficiente instaurar la liberación, crear bienestar y desarrollo para que llegue el reino de Dios"* (E.N. 35) Eso mismo hace que la persona entera se sienta involucrada y que el mensaje de la Buena Nueva le exija una conversión interior y un cambio exterior. Sin negar la necesidad de cambios estructurales, apunta a lo más profundo: la conversión personal. *"La Iglesia considera ciertamente importante y urgente la edificación de estructuras más humanas, más justas, más respetuosas de los derechos de las personas, menos opresivas y menos avasalladoras. Pero es consciente de que aún las mejores estructuras, los sistemas más idealizados se convierten pronto en inhumanos... si no hay una conversión del corazón y de la mente..."* (E.N. 36)

3° La familia en el proceso de evangelización de la cultura

El objetivo concreto que se propone esta reflexión es valorizar la familia en la perspectiva del proceso de evangelización en el que está empeñada la Iglesia en los umbrales del tercer milenio. Esta perspectiva es eminentemente pastoral y, por lo mismo, deja de lado múltiples consideraciones valiosas, pero que no caben dentro de la perspectiva propuesta.

Concretizando más aún el objetivo, podríamos decir que se trata de calibrar la urgencia que tiene dar prioridad a la pastoral de la familia, dentro del conjunto de tareas evangelizadoras que se ha propuesto la Iglesia.

Para cumplir con el objetivo propuesto vamos a tratar de ofrecer algunas reflexiones que ayuden a clarificar el aporte de la familia tanto en el plano de la cultura como en el de la evangelización. No cabe duda que así como la familia aporta a la cultura, la cultura influye profundamente en la familia. Se les debe considerar en una permanente interacción.

1. La perspectiva de la eficacia pastoral

En Junio de 1973, Pablo VI, dirigiéndose al Sacro Colegio Cardenalicio, sorprendió a la Iglesia al introducir con inusitada fuerza el tema de la eficacia pastoral. Hace notar que es preciso *"revisar métodos"* y *"buscar todos los medios para llevar el mensaje cristiano al hombre moderno..."*. En el Sínodo del año siguiente vuelve a aparecer la misma perspectiva, que, a su vez, toma la forma de un vasto programa de evangelización en la exhortación apostólica *"Evangelii nuntiandi"* de 1975. En la mencionada exhortación, Pablo VI se pregunta *¿qué eficacia tiene en nuestros días la energía de la Buena Nueva? ¿sigue siendo capaz de sacudir profundamente la conciencia del hombre? y ¿con qué métodos hay que proclamar el Evangelio para que su poder sea eficaz?* Nos hace notar que la Iglesia puede llegar a ser *"más o menos apta para insertarlo en el corazón del hombre"*.

Esta exigencia de eficacia pastoral toca directamente la programación de las acciones evangelizadoras de la Iglesia y plantea la necesidad de establecer prioridades en sus objetivos. Los pastores, a través de esta exhortación, son invitados a una reflexión profunda sobre la realidad actual, a fin de descubrir cuáles son los "puntos neurálgicos" del acontecer cultural de los pueblos dónde hay que centrar los esfuerzos de evangelización para obtener

mayores frutos. En otras palabras, es necesario examinar cuidadosamente aquellas instancias a través de las cuales se gesta, se expresa y asegura la evangelización de la cultura de los pueblos, de aquellos que operan como motor en su animación. Estas instancias culturales, que bien podemos llamar mediaciones, son múltiples. Entre ellas se destacan la familia, el colegio, la universidad, la parroquia, los medios de comunicación, etc. Cuando las examinamos atentamente, nos damos cuenta que se relacionan y condicionan mutuamente y que es preciso discernir cuáles de ellas son las más influyentes en un momento determinado del proceso cultural, para hacer gravitar sobre ellas el peso de la evangelización.

Es en esta perspectiva en la que queremos abordar el tema de la familia y la evangelización de la cultura. Quisiéramos aportar algunos elementos de juicio que permitan justificar la acentuación o prioridad que merece la familia como objeto y como sujeto de la evangelización dentro de los marcos del vasto programa de evangelización que se ha propuesto la Iglesia en nuestro tiempo.

2. Las perspectivas históricas del proceso cultural

Para poder comprender el alcance de las afirmaciones más centrales que haremos a continuación, nos parece necesario situarnos en la perspectiva del proceso histórico que estamos viviendo. Evidentemente que esto nos llevará a emitir un juicio de valor y a dar una interpretación de la realidad actual como proceso histórico. Sentimos que esto es inevitable, si queremos ponderar adecuadamente la importancia que cobra la familia precisamente por razón de ese proceso histórico concreto. Al margen de esta consideración, correríamos el riesgo de hablar de una constelación abstracta de factores que no reflejan la realidad y no tendríamos argumentos de peso para privilegiar la familia en nuestro quehacer evangelizador.

Actualmente nadie duda que estamos en medio de un cambio histórico de dimensiones seculares. Para muchos, simplemente se trata del paso de una época, de la época moderna a la postmoderna. Sin embargo, tenemos que reconocer que no se trata de un simple cambio de época. Pareciera ser que el cambio – en alas del despliegue de la ciencia, la tecnología y las comunicaciones - tiene dimensiones tan profundas y radicales que sólo podría ser comparable con el cambio histórico que se produjo en la humanidad cuando el hombre nómada se hizo sedentario. Esta comparación nos puede ayudar a comprender la honda repercusión que tienen los cambios que estamos viviendo.

Si bien es cierto que la comparación es válida, si se la toma en el sentido de la profundidad de los cambios, tenemos, sin embargo, que constatar que existe una diferencia substancial entre ambos procesos. Cuando el hombre nómada se hizo sedentario, echó raíces y al hacerlo posibilitó el surgimiento de las grandes culturas y civilizaciones porque su nueva situación le permitió adquirir una conciencia social más amplia, acumular y retener experiencias y saber y estructurar los medios para transmitir su nueva riqueza. En la actualidad, en cambio, pareciera que el proceso se está dando a la inversa. La humanidad está retornando a un nomadismo mucho más radical que el primitivo; está cortando con todas aquellas raíces que antaño sirvieron para alimentar el proceso cultural ayudándole al ser humano en su progresiva humanización. El hombre actual se ha ido convirtiendo en un

auténtico "gitano" espiritual, afectivo, e incluso físico; en un vagabundo sin raíces que lo estabilicen.

Se dan muchas razones para explicar este proceso. Una cosa se puede afirmar con certeza: la repentina toma de conciencia de la dimensión histórico-evolutiva de la vida humana, a través de los aportes de Hegel y Darwin, ha puesto en movimiento todo el marco referencial de la vida humana. Incluso aquellas verdades y valores que tradicionalmente fueron consideradas como perennes y siempre valederas, comenzaron a bambolearse. Podemos constatar en todos los ambientes una tendencia universal a relativizarlo todo. Aquello que parecía más estable y sólido en el pasado, ahora parece simplemente como *"históricamente condicionado"* y, por esa razón, mutable.

Un cambio de época se suscita cuando se produce una alteración notable y general en los valores que sustenta la cultura. Desde una perspectiva cristiana, podemos afirmar que la plenitud de los valores humanos y divinos a los que puede aspirar el hombre en su afán de perfeccionamiento, son dependientes de la imagen que se tenga de Dios, del hombre y de la comunidad humana. Estas imágenes repercuten de tal manera en su modo de relacionarse, que cuando varían y se alteran, varía también el mundo de relaciones propias del ser humano, varía su cultura.

A partir del Renacimiento, la humanidad, especialmente en el ámbito cultural del Occidente, pierde su perspectiva teocéntrica y comienza un proceso progresivo de alejamiento de Dios. Este proceso de "fuga de Dios" o de progresiva secularización ha afectado substancialmente la imagen del hombre y de la sociedad. El hombre ha perdido su punto de referencia esencial y busca afanosamente una explicación de sí mismo; las opiniones se diversifican ya no en aspectos parciales de la existencia, sino en lo fundamental; surgen las ideologías contrapuestas y el desentendimiento general. El P. José Kentenich, un gran pensador y pedagogo actual, decía que: *"hoy, cuando la revolución del ser se ha vuelto total, cuando ha abarcado y disuelto las tres imágenes (de Dios, del hombre y de la sociedad) hasta sus más delicadas ramificaciones, se puede y se debe hablar de un cambio de época total y profundo, que destruye hasta los mismos cimientos de la cultura"*.

La referencia a Dios es fundamental en la cultura. El documento de Puebla nos lo recuerda diciendo que *"lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores y desvalores religiosos"*. Más adelante agrega: *"De aquí que la religión o irreligión sean inspiradoras de todos los restantes órdenes de la cultura"* (Doc. P. n. 389). Desde esta óptica podemos contemplar la realidad del proceso histórico actual con un cierto pesimismo. Más allá de las ambivalencias, que se encuentran en todas las culturas y en todos los procesos culturales, se puede hablar, con razón, de un derrumbe cultural, del "ocaso de Occidente"⁵, de una disolución de todas aquellas relaciones fundamentales en las que se sustenta la cultura. Sin una sana relación con Dios, la relación entre los hombres y con la naturaleza se pervierte. Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 parecieran mostrar que el alejamiento de Dios y sus consecuencias culturales es cosa de Occidente. El mundo árabe está viviendo otra realidad y pareciera que los atentados son expresión del choque de dos

⁵ O. Spengler, "Der Untergang des Abendlande", 1918-22

civilizaciones. De hecho se han propuesto muchas teorías sobre sus causas de estos hechos sangrientos: resentimiento contra Estados Unidos por su apoyo a Israel; divisiones económicas entre naciones ricas y pobres; nacionalismo; influencia del Islam radical. Todas las declaraciones de los dirigentes talibanes muestran que el problema tiene una clara dimensión religiosa. Ellos luchan contra infieles de Occidente que están tratando de imponerles su mundo. Los comentaristas están divididos al respecto.⁶ Martin Kramer, afirmaba que con los atentados el «Islam, religión de más de mil millones de creyentes, ha sido secuestrada». Sin embargo, observa que, dentro del Islam, la escuela del wahhabismo ofrece motivos de preocupación. Esta tendencia, originada hace menos de dos siglos, es a la vez violenta e intolerante. Para David F. Forte, que ha escrito un comentario sobre terrorismo para la Fundación Heritage, en la base de los atentados no existe un conflicto entre civilizaciones, porque los grupos radicales no atacan sólo a Occidente sino al Islam mayoritario. «Estamos luchando contra el enemigo de dos civilizaciones», afirma Forte.

En un discurso a los líderes culturales, durante su reciente viaje a Kazajstán, Juan Pablo II declaró: «Deseo reafirmar el respeto de la Iglesia Católica por el Islam, por el auténtico Islam: el Islam que reza, que se preocupa por los necesitados. Recordando los errores del pasado, incluyendo el pasado más reciente, todos los creyentes deben unir sus esfuerzos para asegurar que Dios no sea nunca más rehén de las ambiciones humanas. El odio, el fanatismo y el terrorismo profanan el nombre de Dios y desfiguran la verdadera imagen del hombre».

Los comentaristas se esfuerzan por mostrar que el conflicto no es entre el Islam y Occidente, sino que se trata de acciones de agresión de grupos extremistas, apoyados por algunos elementos en un limitado número de países islámicos, pero no pueden negar que el asunto de Dios es un tema central.

A lo dicho sobre el deterioro cultural se podría objetar que existen signos positivos en el proceso. Por ejemplo, pareciera que nos precipitamos a ritmo acelerado hacia una cultura y una civilización de la unidad. Sin embargo, no debemos hacernos ilusiones: más que un proceso de "unidad" tenemos que hablar de una tendencia a la "uniformidad" y la "masificación". Vamos caminando inexorablemente hacia una sociedad de masas que se une solamente por factores extrínsecos, pero que necesita de la violencia del dictador para poder mantener una aparente unidad y coherencia. La consecuencia más evidente de este proceso es la crisis de despersonalización que se ha ido operando a todos los niveles de la humanidad.

Los expertos nos advierten de un proceso masivo de vaciamiento de la interioridad personal, que hace que grandes masas humanas se vayan haciendo cada vez menos reflexivas, más extrovertidas y superficiales; se puede constatar una creciente incapacidad de compromisos sólidos y estables; el hombre se hace incapaz de echar raíces; esto lleva a una progresiva pérdida de la conciencia del propio valor y de la dignidad personal.

En el plano de la conciencia pública se ha luchado por convertir al ser humano en una simple parte de un todo colectivo e impersonal, que es concebido como una gran maquinaria

⁶ Martin Kramer, editor del «Middle East Quarterly», escribiendo en «National Review Online», el 19 de septiembre

sin alma. El individuo ha pasado a ser, para millones de personas, un medio para una función, un "tornillo de una máquina desechable y sustituible". Se le considera solamente a partir de un criterio de "utilidad", su eficiencia y productividad; se ha vuelto "manipulable". Proyectado en un ritmo de vida inhumano tiende a caer en una vorágine de actividad, que deja como único fruto el tremendo drama del desarraigo, la soledad interior y la angustia. Gran parte de la humanidad ha perdido la experiencia de la relación cálida y acogedora con la "patria", el "terruño" y el "hogar".

Sin nos detuviéramos a analizar esta realidad desde una perspectiva teológico-antropológica, podríamos encontrar un elemento de juicio que nos permita valorar profundamente el proceso que hemos descrito. Desde nuestra óptica cristiana, la cultura, como expresión del humanismo, adquiere su plena significación en referencia a la plenitud de vida que Dios ofrece al hombre en Cristo Jesús. En esa dirección debe ser orientado cualquier proceso cultural. Ahora bien, el punto de referencia para comprender esa plenitud de vida lo encontramos necesariamente en Dios, ya que el ser humano fue creado a su imagen y semejanza. La vida en Dios es trinitaria, es un mundo de relaciones subsistentes. El ser humano, a semejanza de la Trinidad Santísima, posee también un carácter relacional. Según esto, el ser humano sólo puede desarrollarse sana y plenamente en la medida en que es capaz de adquirir múltiples y profundas raíces que lo relacionan con toda la realidad. Sin esos vínculos o raíces es incapaz de poseer vida y menos aún de llegar a la plenitud de ésta.

Es así entonces como, desde nuestra perspectiva, el fundamento de la cultura, la base misma de la humanización, o si se quiere, el camino por el cual el hombre se humaniza y adquiere la plenitud de su vida depende de los vínculos fuertes, profundos y estables que adquiere con la realidad. Esos vínculos pueden nacer solamente desde el núcleo de su personalidad, desde lo más íntimo de su ser. A través de ellos se arraiga en Dios, en el prójimo y en la naturaleza con todo su corazón, con todas sus fuerzas irracionales y racionales. Se puede decir que el hombre bebe la vida a través de sus raíces. La bebe no solamente de Dios, que es la fuente última y fundamental, sino que también de las creaturas que obran como causas segundas de ese proceso de vivificación.

¿Qué conclusión podemos sacar de este corto análisis? Nos podemos dar cuenta del efecto devastador del proceso cultural que se ha ido operando en los últimos siglos: **ha ido destruyendo radicalmente las vinculaciones que sustentan lo humano.** El corte de **las raíces** por medio de las cuales el hombre encuentra su base de sustentación y recibe su alimento, se transforma, cada vez más claramente, en un impedimento insalvable para llegar a su plenitud. El hombre se ha ido empobreciendo en religiosidad, en su vida familiar, en su interioridad y en su contacto con la naturaleza. Desde el Evangelio tenemos que decir que se está frustrando el proyecto divino que invita al hombre a la plenitud de vida. El llamado a crecer y multiplicarse, henchir la tierra y dominarla... se realiza sólo en una dimensión material.

Es así entonces como la lucha en contra de una cultura masificadora y en contra de la mentalidad racional, mecanicista, y separatista que la sustenta, se transforma claramente en una preocupación central de la evangelización. La gracia edifica sobre la naturaleza. Un deterioro tan fundamental de la base natural requiere un esfuerzo muy especial a partir de la gracia. La evangelización de la cultura tiene que enfocarse primariamente a ayudar a

restaurar el organismo natural y sobrenatural de vinculaciones querido por Dios y esencial para el desarrollo del hombre según su plan de amor.

La justificación de una acentuación prioritaria de la evangelización de la cultura orientada a sanar la familia y a movilizarla como fuerza evangelizadora tiene que ubicarse en esta perspectiva. A la luz de los graves problemas que aquejan la cultura moderna aparece evidente el papel que le corresponde a la familia en el proyecto de evangelización. Para hacer resaltar esta evidencia abordaremos el tema específico del aporte de la familia.

3. Aporte original de la familia a la evangelización de la cultura.

El proceso de evangelización debe apoyarse en un fundamento natural: la persona humana y el mundo de sus relaciones. En nuestra reflexión precedente veíamos hasta que punto está deteriorado este fundamento. Santo Tomás de Aquino nos dice que la gracia presupone la naturaleza, la sana, la eleva y la perfecciona, pero no puede prescindir de ella. Esto nos lleva a pensar que es imposible un proceso de evangelización con detenimiento, sin procurar previamente rescatar el fundamento en el cual debe sustentarse.

La familia es el mediador cultural en el que más radicalmente se puede producir la armonización de lo natural con lo sobrenatural, puesto que toca las raíces mismas de lo humano y sirve de puente para la apertura a lo divino. Es en la familia donde se hace más claramente posible que lo divino cale hondo hasta lo más recóndito de la naturaleza humana y, a la vez, es allí donde lo humano encuentra la posibilidad de abrirse más profunda y radicalmente a lo divino.

La familia actúa sobre lo más radical de lo humano.

No podemos olvidar a esta altura que cuando hablamos de “proceso cultural” estamos refiriéndonos a un proceso de humanización, que moviliza todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades y *“hace más humana la vida social”*; un proceso en el que se expresa *“aquel modo particular como en un pueblo, los hombres cultivan su relación con la naturaleza, entre sí y con Dios de modo que puedan llegar a un nivel verdadera y plenamente humano”*.

La familia condiciona la capacidad natural de relacionamiento.

El gran educador suizo Juan Enrique Pestalozzi definía al hombre como un ser “reticular”. Lo comparaba a un araña en medio de su tela. Decía que así como la araña necesita de la tela como su “hábitat” natural, fuera del cual no logra desarrollarse sanamente, así tampoco el hombre fuera de su mundo natural de vinculaciones. Para desarrollarse sanamente necesita estar enraizado a la realidad con vínculos personales sólidos y estables.

La diferencia que existe con la araña es que ésta puede elegir dónde donde coloca su tela; de alguna manera tiene un cierto dominio sobre su “hábitat”. El ser humano, en cambio, tiene que aceptar su “hábitat” fundamental: no puede elegir los padres, los hermanos, ni el lugar donde comienza a desenvolverse su vida. Ese es un dato que tiene simplemente que asumir.

En el desarrollo del hombre se puede constatar dos procesos aparentemente contrarios: Primero, se arraiga en el medio en el que le tocó llegar a la existencia. Esto significa que crea su nido como ampliación de su yo. Luego, va expandiendo su nido creando vínculos que lo arraigan progresivamente en otros ambientes. Sin embargo, el medio inicial, su familia, lo marca en forma indeleble y para siempre. Si ella responde a sus requerimientos psicológicos de cobijamientos y seguridad, se transformará para él en su hogar, el espacio apto para crecer hacia la plenitud de vida, pero, si la familia no responde a esas necesidades fundamentales de la naturaleza humana, dejará un vacío casi imposible de llenar.

Es en la familia natural en la que el hombre tendrá aquellas primeras impresiones que gestarán sus primeros afectos. Estas primeras impresiones serán determinantes para la calidad de sus raíces fundamentales y, más aún, serán determinantes par la adquisición de la capacidad de arraigarse en la realidad. Cuando las primeras impresiones que le ofrece la familia son positivas, el hombre echará raíces profundas; por el contrario, cuando las primeras impresiones son negativas o insuficientes, la persona se retrae y sus raíces serán débiles y poco profundas.

Podemos decir que, en general, una familia desarticulada, incapaz de entregar amor, incapaz de ofrecer vivencias positivas, engendrará necesariamente hombres sin raíces sólidas y profundas, esto es, sin estabilidad psicológica, moral y afectiva y con una incapacidad natural para llegar a un intercambio enriquecedor con Dios, con el prójimo y con la naturaleza.

Este es precisamente el panorama de la familia actual tan hondamente afectada por la crisis cultural. Existe una reciprocidad entre la realidad de la familia y de la cultura. Una familia en crisis no puede sino gestar una cultura raquítica, enferma e incoherente.

Para entender mejor las afirmaciones que hemos hecho sería necesario profundizar un poco en los procesos psicológicos que se generan en el interior de la familia. Al menos nos referiremos al elemento más central dentro de él. Dentro de la experiencia familiar lo más definitivo es la experiencia que se tenga de la relación con el padre y con la madre. Especialmente está última adquiere una dimensión fundamental para el hijo. Desde la perspectiva psicológica habría que decir que la madre se constituye en un centro de asociación y de sumatoria de las experiencias y de las relaciones futuras. Es algo semejante a los cimientos en un edificio. Las impresiones y afectos que surgen de la experiencia de la madre constituyen la base subconsciente de todas las relaciones futuras. La falta de experiencia de las diversas experiencias del amor- cobijamiento, caricia, estímulo de los primeros años de vida, inhiben el desarrollo de la capacidad de vivencialidad. La persona se torna incapaz de acoger en el corazón. Apenas si puede enfrentar la realidad con el intelecto o con su capacidad instintiva o sensual. Sin acoger afectivamente las realidades y personas con las cuales se relacionan, se hace incapaz de echar raíces, de vincularse. Se hace semejante a un árbol al que le falta la raíz que lo sustente afianzándolo al suelo y alimentándolo de él.

En resumen, la Iglesia para dar su aporte específico como evangelizadora de la cultura, tiene que proponerse sanar la célula básica de la sociedad, porque sólo a través de ella el ser humano se hace capaz de crear vínculos profundos con Dios, con el prójimo y con la

naturaleza. Esa es la condición para establecer una auténtica evangelización de la cultura. Más aún, si la Iglesia quiere conducir al hombre actual de retorno a una relación cálida y filial con Dios, - que es el objetivo último de la evangelización – tiene que ayudar a rescatar las imágenes de padre y madre, que condicionan todas las demás relaciones humanas.

La familia determina la imagen de hombre, de mujer y de sociedad

Detrás de toda cultura está subyacente una determinada imagen del hombre, de la mujer y de la sociedad. Ciertamente habrá muchos factores que influirán, a lo largo de la vida de una persona, en la formación de estas imágenes, sin embargo, no cabe duda que ya quedan profundamente estructuradas a partir de las experiencias de los primeros años de vida en el ambiente familiar.

El modo de relacionarse con el otro sexo o en el ámbito social estará fundamentalmente determinado por estas imágenes referenciales. La familia es la que nos induce la concepción de la originalidad y el valor de cada uno de los sexos; nos abre al respecto o nos crea un sentimiento de inferioridad o de prepotencia. La familia nos abre a la comunión y a la participación social o nos hace egoísta e individualistas. Es en el seno de la familia donde se gestan las diversas actitudes sociales basándose en la visión que se adquiere de los demás.

La familia condiciona la visión de universo y la actitud frente a la realidad.

Es a partir de aquellas experiencias que dejan una huella indeleble en el sótano de nuestro subconsciente, en lo más profundo de nuestra irracionalidad, donde el ser humano adquiere una manera de concebir al mundo y, en base eso, va tomando actitudes diversas frente a todo lo que le rodea.

Sus vivencias familiares ayudan substancialmente a que se hagan positivo o negativo, optimista o pesimista, ordenado o desordenado etc. Es muy difícil que una persona logre desprenderse de los condicionamientos psicológicos que se generan en los primeros años de vida en la familia.

La familia condiciona la apertura al mundo trascendente.

La familia debería ser considerada como el sujeto primario de la evangelización. Los grandes aportes de la sicología moderna nos muestran que existen condicionamientos psicológicos de la gracia. Cada vez adquieren importancia la consideración de los **preámbulos de la fe**. En tiempos pasados se pensaba que los preámbulos racionales eran los más necesarios, pero actualmente, la realidad de las presiones psicológicas a las que está sometida la humanidad, ha puesto, de manifiesto hasta qué punto se depende en el ámbito de la fe de los preámbulos psicológicos.

Cuando hablamos de preámbulo psicológico nos estamos refiriendo a aquellas vivencias que tienen la capacidad de facilitar u obstaculizar la adhesión de fe y el crecimiento de la vida cristiana.

En los albores del cristianismo, Tertuliano decía que “el alma humana es naturalmente cristiana”; Con estas palabras quería expresar su experiencia de la íntima adecuación entre las verdades de la fe cristiana y las disposiciones naturales de quienes recibían la predicación. Bastaba echar la semilla y el terreno la acogía y daba frutos abundantes de fe y

vida cristiana. Si Tertuliano volviera a la tierra ¿podría acaso decir lo mismo? Con certeza no. Pero ¿qué cambió? ¿la semilla de la palabra de Cristo o la realidad psicológica de los hombres que deben acogerla?

Las experiencias frustrantes de la relación con el padre, la madre y la familia y la experiencia de todas las formas de carencia de amor, han hecho del hombre moderno un terreno apretado y poco apto para ese reino del amor que predicó Jesús. El hombre moderno tiene enormes dificultades para acoger la fe y crecer en ella. No cabe duda que una experiencia frustrante del padre natural predispone negativamente a una relación con Dios como Padre. Aquí se aplica con toda su fuerza la sentencia de Sto. Tomás: “la gracia edifica sobre la naturaleza..” Lo mismo lo podemos decir al revés, las vivencias positivas de la familia ayudan radicalmente a la evangelización. Cuando la predicación del evangelio va acompañada de experiencias positivas en la familia, penetran mucho más fácilmente calando hasta lo hondo.

Esto significa que la antesala natural de la evangelización es la experiencia familiar sana, integral profunda. Cuando la familia está debilitada, también debilita el proceso de la fe. Así entonces, la familia no solamente penetra en lo profundo del proceso cultural, sino también en el proceso de la evangelización.

CONCLUSIÓN

La familia debería ser considerada como un objeto privilegiado en el proyecto de la evangelización.

Ya nos referimos la importancia que tiene la familia en el proceso cultural y en el proceso de la fe. Nos queda aún preguntarnos qué le ofrece aquí el Evangelio a la familia. Con certeza la Iglesia no quiere solamente valerse de la familia natural para realizar profundamente la tarea que le ha sido encomendada por el Señor Jesús, también tiene algo que ofrecerle para su propio desarrollo específico.

El Evangelio le ofrece a la familia una profunda autocomprensión. Sin la claridad que ofrece la fe al abrir el amplio panorama del sentido de la vida humana, la familia no logra comprenderse a sí misma en toda su integridad. La Iglesia, instruida por Jesús, le muestra cuál es el destino definitivo de la vida; le enseña a comprender el sentido profundo de los procesos de la vida y, más aún, le revela el sentido del dolor y de la muerte. Sin estas revelaciones, la familia quedaría encerrada en una temporalidad que termine en la tragedia de la muerte: no tendría un sentido coherente, sería una fuente de vida para la muerte. El Evangelio le muestra también la trascendencia de sus funciones: la instruye para que comprenda que la paternidad no es sino reflejo de la paternidad de Dios y tarea a realizar en su nombre. Le hace conocer que la autoridad proviene de Él que es el autor de todo lo que existe y que debe ser ejercida en su nombre. Le da un respaldo y a la vez le entrega un modelo. El amor familiar no es sino un reflejo del amor que brota desde el seno de la Santísima Trinidad y es el primer impulso para que el hombre amando retorne a su origen y llegue a la felicidad eterna.

Por último, el Evangelio le da a la familia una fuerza nueva que le permite vencer las tendencias degradantes del pecado, que es la fuente de todo aquello que destruye la familia natural y toda la humanidad. El pecado es el desamor, la desunión, la ruptura de la vida y, por lo mismo la raíz de todas las formas de deshumanización y el lastre de todas las culturas.

Es así, entonces, que nos parece suficientemente justificado concederle a la familia una clara prioridad en los proyectos de evangelización en los que está empeñada la Iglesia actual.